

hacen conducir en carretas de mano por sus nietos: á su paso reciben los homenajes de todos los jóvenes que suspenden sus juegos ó trabajos para tomar una actitud respetuosa. El gobierno es el primero en probar este respeto, dando á los ancianos de muy avanzada edad túnicas amarillas, color sagrado, exclusivo de la magestad imperial.

A la edad de setenta años todo chino tiene el deber de dar una comida de solemne fiesta á su familia y

amigos; ha llegado á la *edad venerable*. Y si ha empleado su vida en acumular riquezas y tiene muchos hijos, ha adquirido segun el adagio popular, el colmo de la dicha que puede gozarse aquí abajo.

El culto de los antepasados, tan generalmente observado, como religion que es del hogar doméstico, debe su origen á la misma idea. Es un sentimiento de ternura y hasta una prueba de virtud, esa veneracion á los que fueron, ese recuerdo permanente



Escena de incendio en China.

consagrado á su memoria, esa participacion muda que se les otorga en los destinos de la familia. No hay una cabaña, por humilde y pobre que sea, donde no ocupen un puesto de honor en un nicho sagrado las tabillas en que están grabados los nombres de los mayores, desde el fundador de la progenie hasta el abuelo difunto. En las casas de los ricos hay una pieza reservada, especie de santuario doméstico, que guarda todos los retratos y reliquias de familia. Ante un altar exornado ricamente en que arden perpetuamente cierto número de lámparas, vienen los vivos en los dias prescritos por el rito á hacer ofrendas á sus muertos. El jefe actual de la familia no tomará

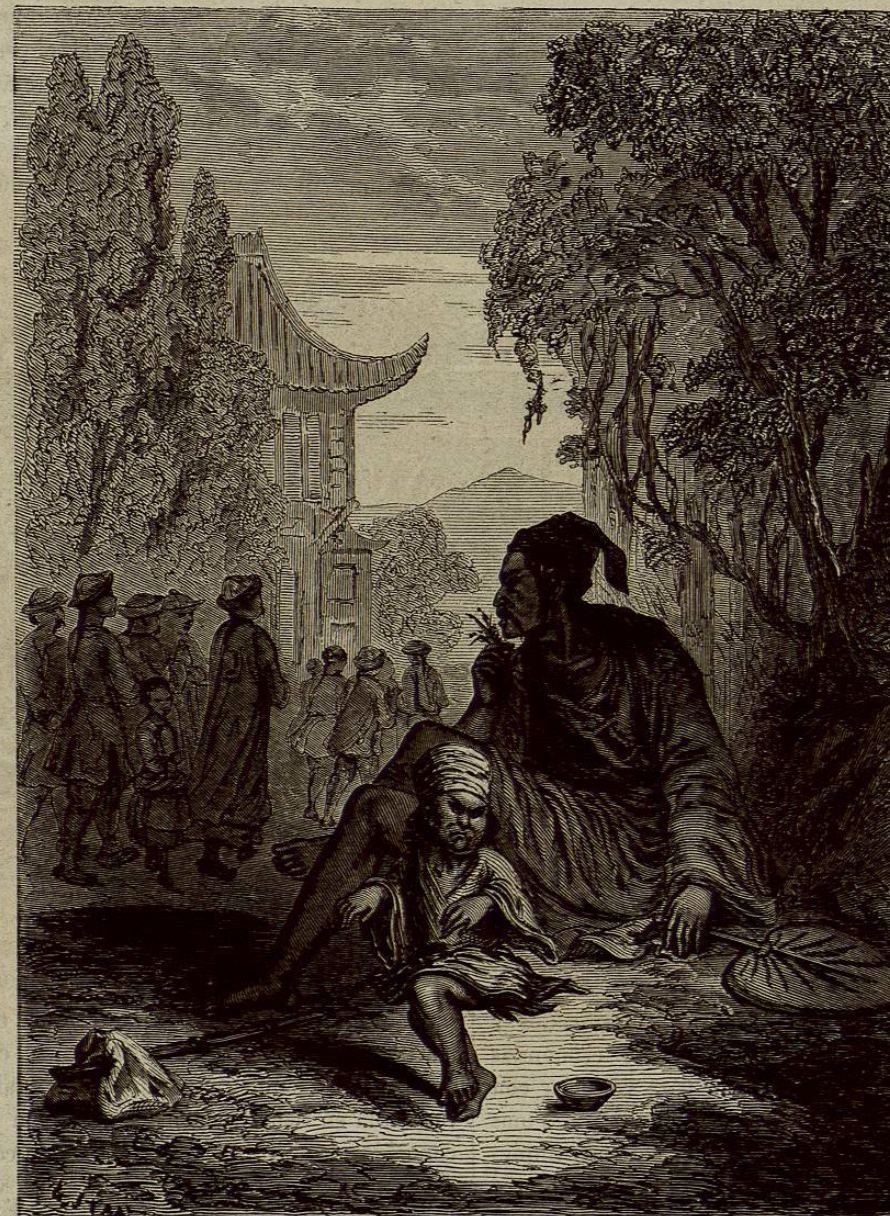
nunca una resolucion importante sin ir antes á meditar al templo de los antepasados, á quienes invita así á tomar parte en los bienes y males que ocurran á sus descendientes.

En el siglo XVII este culto y los homenajes tributados á la memoria de Confucio, escitaron discusiones entre los misioneros católicos. Unos quisieron tolerarlos como inocentes; otros los condenaron como idolátricos, y fueron apoyados por la corte de Roma. Tan desgraciadas cuestiones desagradaron al gobierno chino, que viendo en ellas una prueba de intolerancia, mandó perseguir á los cristianos.

El culto doméstico de los antepasados está de acuer-

do con el que se da, aunque de otra manera, á los sepulcros. Celébrase en el mes de abril una solemne funcion fúnebre, que llaman *Tchang-feu*, ó fiesta de los muertos. Hombres, mujeres, niños, todos los chinos y hasta los animales, se adornan con ramas de

sauce lloron, símbolo del dolor y los recuerdos, y van á los sepulcros que decoran esmeradamente con flores, esmaltando el suelo con recortes de papel dorado y encendiendo cirios y palos de olor. Despues, y en virtud de las antiguas tradiciones, depositan en der-



Mendigos chinos.

redor platos y vasos llenos de delicados manjares.

La etiqueta del luto es rigurosamente observada: dura tres años por los padres, y durante este tiempo, ni los mandarines pueden ejercer ninguna funcion pública, debiendo vivir en absoluto retiro. El color adoptado mas comunmente para el luto, es el blanco.

Habiendo muerto el emperador *Hien-fung* durante la residencia en Pekin de Mr. Bourboulon y su

señora fue decretado el luto imperial en toda la China. La severidad de estas prescripciones llega al extremo. Ningun hombre puede afeitarse la cabeza por espacio de noventa dias: todo regocijo de familia queda prohibido durante un año y un dia; los teatros, los títeres, todas las representaciones y fiestas públicas quedan cerradas hasta pasados tres años; hay vacaciones de tribunales, y no puede celebrarse ningun

desposorio durante una temporada que determina la ley.

Cuéntase á este propósito, que un guarda-almacén chino de la legacion, habiendo sabido que el emperador estaba para morir, pidió licencia para ir á casarse cuanto antes; pero como no habia visto á su futura, segun las costumbres chinas, ni las circunstancias tampoco le habian permitido enterarse por los mediadores, volvió algunos dias despues declarando con gran pesar que su mujer no era ni bella, ni joven: el pobre habia sido engañado indignamente.

Nada tiene comparacion con la indiferencia de los chinos en presencia de la muerte. Los enfermos muer-

ren sin exhalar una queja, sin lucha, con esa calma increíble que es uno de los caracteres de las razas orientales. El padre Huc refiere que cuando los neófitos cristianos iban á llamarlo para administrar los últimos sacramentos á algun moribundo, no dejaban de decirle: *El enfermo no fuma ya*; fórmula que expresaba que el peligro no daba ya espera.

En Europa nos abstenemos generalmente del hablar del ataud, lúgubre objeto que solo entra furtivamente en las casas y que se oculta cuidadosamente á los parientes. En la China, al contrario, se hace ostentacion de ellos. En las casas de los ricos está junto al santuario de los antepasados la sala de los féretros



Féretro chino.

de todos los miembros de la familia, clasificados y numerados correlativamente. Se hacen economías aun de lo necesario para la vida, para comprar con los ahorros esa pompa para la muerte... un ataud mas lujoso que el de los demás. Y nótese bien esta impiedad suavizada ya por la costumbre, un hijo no cree poder dispensar mayor obsequio á su padre viejo y enfermo, que regalándole un ataud costeado con sus propias ganancias. Estos fúnebres trofeos son los mas preciosos ornamentos de la casa. Asi que es de ver el esmero con que están contruidos, pintados, esculpidos, dorados en chinesco abigarramiento.

La fiesta fúnebre de un entierro es para los chinos la mejor ocasion de desplegar su lujo y hacer ostentacion de sus riquezas: familia ha habido que por celebrar la muerte de uno de sus miembros se ha arruinado completamente.

Desde por la mañana la administracion de las pom-

pas fúnebres levanta en la puerta de la casa mortuoria una especie de arco triunfal, bajo el cual ejecutan aires tristes los músicos asalariados. La sala de entrada revestida en toda su estension, recibe á los amigos y conocidos del difunto, cuyo retrato se coloca encima de las estatuas de los dioses domésticos y del altar de los antepasados. Sirvese una comida suntuosa en mesas de antemano puestas, y todos los convidados deben sentarse á ellas y comer en honor del muerto; porque, segun las creencias de los chinos, el muerto es quien invita y aun come con los convidados. El féretro no se ve, pues debe colocarse en una pieza retirada. Muy luego anuncia el gong la salida del cortejo que procede en el orden siguiente: van en cabeza los porta-estandartes ostentando inscripciones laudatorias; detrás de ellos la banda de música (en que predominan los instrumentos de viento, trompas, flautas, cuernos, y sobre todo el obligado *tan-tan*)

hace oír sin interrupcion melodías un poco monótonas, pero verdaderamente fúnebres; despues siguen los *bonzos*, que llevan á cuestras altares y estatuas de dioses. Estos sacerdotes preceden al féretro rodeado de un catafalco inmenso y de paños con borlas de seda. Los dorados y los colores mas vivos y alegres abigarran el carro mortuorio y los tableros del catafalco decorados con dibujos en cristal. La pesada máquina no es arrastrada por caballos, sino que es transportada á brazo como una monstruosa litera, operacion que no pueden hacer menos de cuarenta hombres relevándose sucesiva y frecuentemente. Un coró de planideras con la cabeza baja y el velo caido siguen al ataud y acompañan á los músicos con sus gangosos gritos. Finalmente, cierran el cortejo los parientes ocultos en sillas de mano, perfectamente revestidas de paños blancos. Es de buen gusto que ninguno de estos se deje ver, en razon de la honda pena en que se suponen sumergidos.

Y todo pasa en el mayor silencio: los chinos, que son tan aficionados á los petardos, se abstienen respetuosamente ahora de esta ruidosa demostracion.

Pero no se crea que una pompa fúnebre de este género es la de un personaje, no: un pobre operario se priva toda su vida de comer lo suficiente y aun pasa hambre por tener esta pompa póstuma; y el mendigo que siente la muerte cerca, no halla mejor modo de excitar la generosidad pública que el de lamentar en lastimosas querellas su carencia de medios para comprar un ataud conveniente.

El entierro de los grandes personajes se hace con una ostentacion extraordinaria. Llévanse delante de ellos los objetos que les han servido durante su vida: sus muebles, sus ropas, sus armas, las insignias de su dignidad. Millares de personas acompañan el cortejo, pero en él no se ven nunca soldados, ni aun para el de los mandarines militares.

En Pekin no hay cementerios públicos. Los mismos féretros tan grandes y pesados como hemos dicho, son cubiertos de una especie de betun que los hace impermeables y permite conservarlos mucho tiempo sin inconveniente aun en las casas. Asi, pues, los ricos guardan los restos mortales de los que han amado en una pieza reservada de su propia casa. Pero la costumbre general es enterrar los muertos en el campo en medio de un jardín que pertenece á la familia. En cuanto á los pobres que no tienen un palmo de tierra propia, son enterrados en lugar aislado ó arrojados á los fosos de la ciudad. Cuando se recorren las afueras de las grandes poblaciones, se ven una multitud de sepulcros esparcidos en el campo: vienen á ser unas eminencias cónicas en forma de pilones de azúcar rodeados de florido césped, sauces llorones, eñebros y otros verdes árboles. Los féretros, puestos en el suelo sin fosa ni escavacion ninguna, son cu-

biertos de tierra hasta formar un montecillo; pero las lluvias fuertes, seguidas de grandes sequías, arrastran la tierra, destruyen el betun, hacen saltar las maderas y se pudren los cadáveres al aire libre. ¡Espectáculo horrible á que es preciso acostumbrarse en China! El gobierno por su parte no se toma el cuidado de hacer desaparecer estos despojos de la muerte tan repugnantes á la vista como perniciosos á la salud pública. En algunas partes hay segun dicen, asociaciones filantrópicas que hacen dar sepultura á los cuerpos de los pobres; pero lo único que nosotros hemos podido averiguar es el tráfico de ciertos industriales que mediante derechos muy crecidos conservan en parajes destinados á estos usos, los cuerpos de los mercaderes ú otras personas ricas de provincias lejanas que mueren en viaje, y reclaman y adquieren á toda costa sus familias.

Los desposorios están muy lejos de ser celebrados con la misma pompa que los funerales. La condicion de la mujer es servil en China. Hay un proverbio que dice: *La soltera está sujeta á su padre, la esposa á su marido, la madre á su hijo*. La mujer está considerada como inferior al hombre: su nacimiento es una desgracia, una hija no puede ser mas que una carga en la familia; porque debe estar encerrada hasta la época de su casamiento, y como no ejerce ninguna industria, no puede indemnizar á sus padres de los gastos que les ocasiona. Vive como recluta en la casa paterna comiendo aparte y sola, mirada como una criada y llenando sus funciones. Toda su instruccion consiste únicamente en saber manejar la aguja y preparar la comida. El gobierno chino, que da tanta importancia á la instruccion pública y que ha multiplicado con tanto cuidado las escuelas y casas de educacion, no ha pensado en las niñas abandonadas tradicionalmente á la mas lastimosa ignorancia. La mujer es propiedad de su padre, de su hermano, de su marido: no tiene estado civil. Se la desposa sin consultar su voluntad, sin darle á conocer á su pretendiente, sin decirle siquiera su nombre.

Entre los ricos chinos, las mujeres casadas están recluidas en el gineceo. Solo en muy raras ocasiones y autorizadas por sus señores, pueden visitarse entre sí, ó ir á ver á sus padres; pero siempre en sillas de mano herméticamente cerradas. Los chinos de categoría son muy celosos en todo lo que atañe á sus mujeres, confinadas eternamente en el fondo de un cuerpo reservado del edificio. Ninguno de los miembros de la diplomacia europea, tuvo ocasion de ver, á pesar de sus relaciones diarias con los mandarines, ni á sus esposas, ni á sus hijas, ni á las mujeres de edad de la familia.

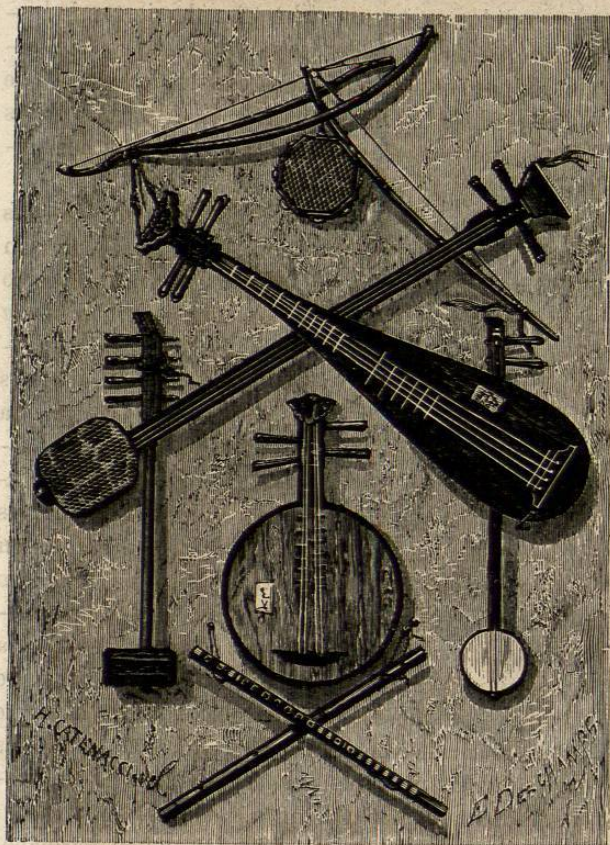
Durante la guerra, cuando los oficiales europeos penetraban hasta en los aposentos mas recónditos para hacer acuartelamientos, las jóvenes estaban ocultas

en cofres ó debajo de las ropas. Despues se fueron familiarizando con los semblantes europeos, y en los últimos tiempos de la ocupacion, siempre que la música militar pasaba por las calles haciendo resonar en el espacio su brillante y enérgica armonía, veíanse muchas manecitas abrir los encerados de las ventanas y muy lindas cabezas con sus oscuras trenzas inclinarse para oír y ver.

No sucede, empero, esto mismo entre las clases po-

bres: las mujeres del pueblo salen á cara descubierta y disfrutan cierta libertad, caramente comprada por los penosos y rudos trabajos á que están las pobres condenadas. Estas infelices criaturas, que sirven de bestias de carga á sus maridos, están envilecidas, encorvadas, envejecidas, feas á los veinte años.

Bien que no esté reconocida por la ley, que no hace mas que tolerarla, la poligamia existe en China. Pero cualquiera sea el número de mujeres que



Instrumentos de música chinoscos y objetos de adorno para hombre y mujer.

cuente un alto personaje, nunca tiene mas que una legítima: la primera. Los chinos llaman á las demás *mujercillas* ó mujeres de segundo orden: éstas deben respeto y obediencia á la legítima, á quien no puede repudiar el hombre sin una razon legal: nada dice la ley respecto de las otras; por cuya omision las trata el marido como mejor le acomoda.

Las viudas no deben pasar á segundas nupcias: las costumbres que autorizan la poligamia del hombre, ni aun así se la permiten á la mujer á quien considerarían en tal caso deshonrada y digna del desprecio público. Ni se exceptúan de esta prohibicion las viudas de los mandarines, pues la gloria de haber vivido con un hombre de tan alta distincion, debe tenerlas satisfechas.

Los desposorios, ó al menos los esponsales, son las mas veces concluidos antes que los contrayentes lleguen á la adolescencia: esta convencion atañe á los padres exclusivamente, y como la obediencia de los hijos es absoluta, ni el pensamiento se les ocurriria de oponerse al arreglo hecho por aquellos. La ceremonia de los esponsales se considera como el casamiento definitivo: nadie osaria poner en duda la santidad de este acto, que es tan formal y solemne que la novia no puede contraer ya otro compromiso, aunque muera su futuro esposo: para éste no rige la misma ley.

Despues de los esponsales, la familia fija la época para la fiesta nupcial, que suele aplazarse por mas ó menos tiempo, segun la voluntad de los padres, las



La Casa de plumas de gallina. (Asilo de mendicidad).